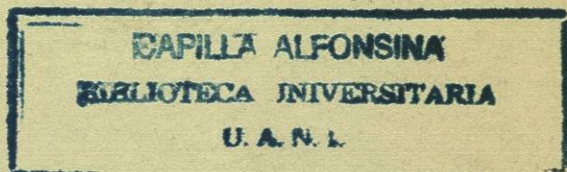


DR. EDMUND STEPHEN URBANSKI

HISPANOAMERICA Y ANGLOAMERICA:
DISPARIDADES EN LA CONDUCTA SOCIAL



Sobretiro de HUMANITAS, Número 13.

Universidad Autónoma de Nuevo León, 1972.

220
773

E 20

J 73

E20

U73



1020080868

HISPANOAMÉRICA Y ANGLOAMÉRICA:
DISPARIDADES EN LA CONDUCTA SOCIAL

DR. EDMUND STEPHEN URBANSKI
Howard University
Washington, D. C.

HAY UNA DIFERENCIA inconfundible entre el comportamiento de los hispanoamericanos y los angloamericanos. Ya a primera vista se descubre que las actividades hispanoamericanas se caracterizan por una despreocupada lentitud, mientras que las angloamericanas por una prisa casi notoria. Cuando entre los primeros se oyen a menudo los dichos "Mañana será otro día" o "Dejémoslo para mañana", entre los segundos el lema cotidiano es "El tiempo es oro" (Time is money). Tales conceptos están muy arraigados en cada sociedad y tienen origen en la diferente filosofía de su vida. La de los anglosajones fue moldeada por la utilización del tiempo para una obra racional y creadora; la de los hispanos por la visión soñadora de la infinitud del tiempo y de lo imprevisto en el destino humano. Son conceptos que muestran una dicotomía de propósitos vitales. Mientras que los unos se dedican a sus tareas con diligencia casi religiosa, ya que el puritanismo prohibía el ocio, los otros se inclinan a la contemplación despreocupada y, a veces, a la excesiva pasividad sobre actividad cualquiera. Es una dicotomía psicológica del fondo anímico-ancestral, basada en antecedentes históricos que se nota, sobre todo, en el trabajo.

En el Norte nunca hubo exceso laboral inmigratorio y, por eso, siempre se utilizaba el tiempo para emprender algo provechoso y útil. En el Sur, donde existió abundante elemento laboral nativo, no había prisa en llevar a cabo de inmediato los proyectos. Los angloamericanos dependían, por lo general, de sus propios brazos y por eso carecían de tiempo para la holganza. En tanto, los terratenientes hispanoamericanos, merced a las inagotables reservas de trabajadores indígenas, pudieron dividir sus ocupaciones entre su propio ocio y la contemplación ociosa. Las consecuencias de tal estado explican la

93
Capitán Alfonso
Biblioteca Universitaria

55827

FONDO UNIVERSITARIO

existencia de la ambición económica angloamericana, mientras del otro, aparece el relajamiento hispano en asuntos laborales. Se moldearon, así, dos distintos criterios sobre el trabajo, que penetraron en la mentalidad colectiva de cada América.

He aquí unas observaciones, que tienen estrecha relación con las actitudes hacia el trabajo en los dos grupos étnicos, vistas en sus ambientes.

En los Estados Unidos, según se sabe, la revolución industrial ha cambiado los métodos de producción y ha suplantado la labor manual por la «automatización» mecánica. Obligó a los trabajadores a ajustarse a una nueva técnica de trabajo. Cambiaron las costumbres fabriles, exigiéndose ahora de los trabajadores más precisión y relativa rapidez en la ejecución de su tarea. Esto se refiere, sobre todo, a los ocupados en la «línea de montaje» (assemblyline) de las fábricas que producen automóviles, aviones, televisores, calculadoras, neveras, radios, máquinas de coser y de escribir, etc. Después de instalarse una pieza, se monta la otra, luego otra y así sucesivamente, en un tiempo limitado. Todo eso requiere coordinación de los equipos fabriles. La nueva técnica de trabajo exige adiestramiento mecánico y especialización, estimulando la competencia ocupacional. También las labores agrícolas son ahora casi completamente mecanizadas, lo cual también requiere bastante ajuste técnico. La especialización en estos y otros campos asegura mejores sueldos y abre buenas perspectivas de bienestar para la clase obrera y los empleados de oficina estadounidenses.

Los norteamericanos anteponen el trabajo al placer. Según creen ellos, los Estados Unidos tienen dos fuentes de riqueza: el trabajo y los recursos naturales, que están estrechamente ligados entre sí. Es un fenómeno cuyo contexto general no entienden claramente muchos extranjeros, desviados por otras consideraciones. Me di cuenta de ello en varias ocasiones. Cuando una vez visité una fábrica en compañía de algunos colegas hispanoamericanos, éstos fueron abrumados por la coordinación del trabajo en aquella planta industrial. Observando las tareas ejecutadas con precisión me preguntaron: ¿Por qué trabaja esta gente de una manera tan dura? y ¿no tienen suficiente dinero para vivir? Las preguntas no me sorprendieron, ya que provenían de personas en cuyos países se trabaja con menos intensidad y cuando se «les da la gana»... Por eso, a mis colegas hispanos, los trabajadores estadounidenses les parecían algo inverosímiles, como si fueran empujados por una fuerza mágica o fanática.

En Hispanoamérica la estructura tradicional agraria y la poco desarrollada industrial no ha proporcionado todavía a sus habitantes oportunidades para una iniciativa de tipo colectivo. Allí, todavía prevalece el trabajo manual. La creciente concentración de la gente de campo en los centros urbanos apenas puede ser absorbida por los servicios domésticos, artesanales y comunales; es

desproporcionadamente grande para las escasas necesidades de la industria incipiente. El éxodo de los campesinos de las comarcas rurales, según informan algunas fuentes fidedignas, causa una crisis en la producción agrícola, pues vastas áreas arables quedan sin cultivo. Por eso, los víveres son caros. La Reforma Agraria que abarcó apenas unos cuantos países, no resolvió en la mayor parte de Hispanoamérica la «sed de tierra» del campesinado indio-mestizo. La desproporción en la tendencia de tierras entre los *latifundios* y los *minifundios* en el Sur es todavía muy evidente y desalentadora para las masas rurales. Sin embargo, no hay que descontar que allí donde se llevaron a cabo ciertas reformas, la situación agraria tampoco ha mejorado de una manera muy notable. Con toda nuestra simpatía por las clases menos privilegiadas, no queda entonces otra cosa que examinar la relación que existe entre la voluntad de trabajo y la productividad de estas clases sociales en Hispanoamérica. Según parece, el bajo rendimiento de trabajo se debe principalmente a que, en la mayoría de casos, la gente trabaja sólo para satisfacer las mínimas necesidades de su sostenimiento. Esto se refiere, sobre todo, a los campesinos.

Parece que la falta de preocupación material se origina en la pereza, en los extremadamente modestos requisitos para la vida, y en la completa ausencia de la visión del mañana. La discusión de estos asuntos no produce ya impresión entre los hispanoamericanos, acostumbrados a tal situación, aun cuando provoque entre los más concienzudos un sentido de preocupación. Existe, pues, la tendencia de no excederse en sus esfuerzos fuera de lo absolutamente indispensable para subsistir. ¿Cuáles son las causas de tan extraña actitud? Parece que son varias, pero la principal es la falta de motivación, que posiblemente se remonta a los tiempos de la conquista. Los españoles, al subyugar a los indios y tratándoles de una manera poco humana, aparentemente les debilitaron la voluntad de trabajar a lo cual éstos estaban obligados. En tanto, los negros arrancados de África, con sus diferentes costumbres, después de ser esclavizados en América, tampoco sentían ardor por trabajar bajo el látigo. Los latifundistas criollos, en vez de servir de ejemplo de laboriosidad, ejercían la voluntad de mando, combinándola con el goce del ocio. Así, unos miraban a otros y aunque se cumplían las tareas, su efectividad no podía ser sino de un alcance económicamente limitado.

La caprichosa actitud hispanoamericana hacia el trabajo se convirtió en un complejo casi vicioso y abarcó considerables sectores geohumanos. Las fuertes repercusiones de esta postura sobrevivieron hasta nuestros días. Es interesante notar que tal actitud se atribuye, unas veces, a la falta de ganas y, otras veces, a las inconveniencias climáticas o topográficas. ¿Cómo, entonces, explicar que los inmigrantes extranjeros sean capaces de trabajar más efectivamente en las mismas condiciones y en las mismas zonas? ¿No hay en eso con-

tradicción? Desde luego, hay excepciones de la mencionada postura hispanoamericana en algunas áreas industrializadas o de agricultura mecanizada, en las cuales las condiciones obligan a la gente a modificar su conducta. Desde luego, más alentadoras son las ambiciones económicas que despliegan los más dinámicos estratos de la sociedad burguesa hispanoamericana, reforzada no raras veces por la inmigración europea o asiática.

Sin embargo, el temor de que varios negocios en Hispanoamérica pudieran ser acaparados por los forasteros, hace que algunos países mestizos limiten y aun excluyan el movimiento migratorio. El creciente nacionalismo se opone abiertamente a la preponderancia económica extranjera. No hay rechazo cuando los inmigrantes absorbidos por su nuevo ambiente, se vinculan por medio de nexos matrimoniales. Tal hecho, bien visto, está considerado como muestra de su voluntaria integración en la sociedad de su patria adoptiva. Peor es cuando los inversionistas extranjeros viven apartados, considerándose como un exclusivismo social, aun cuando no falte exclusivismo y snobismo nativo. Se nota que en Hispanoamérica la inmigración europea de la clase media es más apta a la integración que los menos numerosos pero económicamente más importantes residentes norteamericanos. Las consecuencias de tal situación se manifiestan en la relativa popularidad en Latinoamérica de los europeos y en la relativa impopularidad de los yanquis, llamados despectivamente «gringos». En cambio, los extranjeros-inmigrantes, una vez admitidos a los Estados Unidos, participan en los negocios y en las profesiones a base de igualdad con los demás ciudadanos. Tampoco se les exige ninguna integración social, ya que su trabajo es una prueba suficiente de su contribución al desarrollo estadounidense. Peor suerte corren los labradores (de temporada) de las regiones fronterizas, a cuya competencia rivalizadora se oponen a menudo los celosos y fuertes sindicatos laborales estadounidenses.

Otras facetas de la conducta social en las dos Américas están íntimamente relacionadas con su convivencia ambiental.

En Hispanoamérica la apacibilidad de la gente y la lentitud del tiempo de vida hacen las condiciones de convivencia agradables. La sonrisa, parece indicar como si el ambiente careciera de preocupaciones. La etiqueta de saludos es efusiva y se caracteriza por un exceso de afabilidad, si bien impresionante, también parece a veces algo artificial. Es una manifestación de la extraversión hispánica, en la cual el temperamento posiblemente se una a la ecología climática, constituyendo una conducta sumamente placentera. Dentro del marco tradicional de buen tono hay mucho servilismo verbal. Al oírse con frecuencia da la impresión como si fuera forjado por el deseo de decir algo grato y elogioso más bien que por llevar a cabo los servicios prometidos en la cortesía verbal. Todo eso produce, sin embargo, una agradable apariencia de urbanidad, que es cultivada por todas las gentes.

La cortés actitud hispana tiene probablemente alguna relación con la humildad, ya que es de sobremanera impresionante en los lugares aún apartados de los núcleos de civilización. A veces parece que mientras más humilde o más prudente es la gente, tanto más cortesía genuina ostenta. Desde luego, el paternalismo impuso pautas de cortesía entre los humildes o humillados, lo cual se refleja hoy en la actitud cortés aun de los más pobres.

Muy popular es la gesticulación. Este fenómeno tiene, empero, en los países hispanoamericanos un significado opuesto al acostumbrado en otros países, donde está considerado como algo vulgar. El intenso emocionalismo hispánico se manifiesta no sólo en palabras sino también en gestos. Por eso, la gesticulación que es parte de la conducta general, no puede ser clasificada como un fenómeno extraño, sino más bien como rasgo inseparable del conjunto idiosincrático. Como lo comprueban los sociólogos, es una manifestación del efusivo temperamento latinoamericano, tan distinto de la más rígida y más controlada conducta anglosajona.

En Angloamérica el tiempo de vida es rápido y hasta furioso, lo cual no deja tiempo a los yanquis para gastarlo en cosas que parecen de dudosa utilidad. Tal factor que emana también del complejo de la civilización tecnológica, impone sobre la vida estadounidense una considerable dosis de convencionalismo social y de costumbres. La etiqueta estadounidense se manifiesta a través de una amable sonrisa, que parece más o menos estandarizada desde Nueva York hasta Miami y desde San Francisco hasta Boston. Es una curiosa mezcla de cortesía personal, entretejida con cierta gravedad, como un posible reflejo de preocupaciones circunstanciales. La sonrisa yanqui es relativamente corta, afable, pero poco afectiva. Constituye parte de la introversión, que motiva y rige la vida angloamericana, tal vez con demasiado comedimiento. Es una postura que la acerca a la idiosincrasia de otras naciones anglosajonas, aun cuando sea algo incomprensible para los extravertidos pueblos hispanos.

Lo que asombra a muchos extranjeros es el valor mesurado que los angloamericanos aplican a sus palabras, proyectos y actividades cotidianas. Todo eso produce el efecto de firmeza, incompatible por su seriedad con la fantasía y la actitud vanidosa de otras sociedades. La postura conformista estadounidense se refleja en sus modos de actuar, vivir y vestir. Sin embargo, no todos los modales son iguales, ya que oscilan entre la moderada ambición rural-pequeño urbana y la sofistería intelectual y metropolitana. Esta postura está recientemente minada por las exigencias de la descontenta generación joven (los hippies, los "revolucionarios"). Así, al lado de la vigente *American way of life* o sea la manera típica de la vida estadounidense, se vislumbra una tendencia de revalorizarla ideológicamente. Es un complejo integrado por la agresividad de actuar y la curiosidad mental, operantes den-

tro de una manera poco afectada de conducta. Dicha conducta oscila, a veces, entre la humildad y la arrogancia, y otras veces, entre la simplicidad y la sofisticación, con relativamente pocos engrimientos. No obstante, por tratarse de una nación tan heterogénea como los Estados Unidos, es bastante difícil definir el perfil idiosincrático de un yanqui típico, a menos que uno cayese en los *clisés* estereotipados, que no siempre satisfacen un análisis imparcial.

Al margen de la distinta conducta social observada en las dos Américas, se puede hacer la siguiente observación. La civilización hispanoamericana contiene varios componentes humanos, que de una manera benévola propician la relajación en el modo de vivir y pensar de su gente: no la obligan a cambios radicales a menos que éstos emanen de su propia voluntad. Lo contrario ocurre en la civilización angloamericana, cuyo rápido desarrollo tecnológico impone varias exigencias; éstas, a su vez, ejercen una tremenda presión social sobre la población. Consecuentemente, las mencionadas circunstancias parecen favorecer la retención de varios rasgos tradicionales hispanoamericanos, mientras que conducen al cambio inevitable de los rasgos angloamericanos, sometiendo sus valores a una transformación acelerada.

Interesantes son los aspectos de la personalidad que se reflejan en cada sociedad a través del orgullo o de la dignidad.

El orgullo hispanoamericano se originó, como se sabe, de la mezcla racial indo-española y es una parte inherente de su idiosincrasia. Llegó a ser un rasgo popular que ahora domina todas las fases de la vida hispanoamericana. A veces se relaciona el orgullo con el linaje ibérico para subrayar el esplendor ético o para ligarse a la pasada gloria de España. No son raros los casos de su inconsciente utilización aun por aquellos que son emocionalmente antiespañoles. Otras veces, el orgullo sirve para mostrar la *hombria*, o sea, el *machismo*, es decir, ciertas cualidades de superioridad masculina en instantes determinados. Las manifestaciones quizá más profundas y posiblemente prevenidas, del orgullo ibérico, se hallan en el *absolutismo mental* hispanoamericano, que abarca especialmente a los sectores culturalmente avanzados.

Se expresa este orgullo en el popular *yoismo* que es la obstinada convicción que cualquier individuo tiene acerca de su irrefutable posesión de la verdad, de la cual emana su creencia en la rectitud de su actuar. Esta actitud, por lo general, linda con la soberbia. La presencia del orgullo se nota también en la extrema sensibilidad del trato particular de los hispanoamericanos entre sí y con otros pueblos, aun cuando tal conducta pueda clasificarse más bien de dignidad. El orgullo causa desacuerdos en la vida pública, oponiéndose al espíritu conciliador entre los políticos y fomentando polémicas entre los intelectuales. Sus curiosas expresiones se manifiestan, a veces, en la irracionalidad de la argumentación y, otras veces, en la pomposidad retórica, pero no

faltan casos de controversias legítimas. El orgullo envuelve el ambiente social, creando, a menudo, situaciones explosivas y comprometedoras.

Los angloamericanos, en cambio, ostentan dignidad. Su origen estriba en la satisfacción del bienestar obtenido mediante logros individuales y colectivos. La dignidad estadounidense, casi por regla, no tiene ninguna noción de pomposidad étnica. Tampoco se podría fácilmente trazar su abolengo multilingüe, que raras veces le preocupa al angloamericano medio. La inmensa mayoría estadounidense proviene de las clases humildes. Debido a sus propios esfuerzos han podido salir de su anterior estrato económico y, así, lograron su propia dignidad. Esta actitud la mantienen los yanquis y la transmiten a sus hijos, siendo su dignidad símbolo de la igualdad social. La dignidad llegó a ser un rasgo común de la idiosincrasia estadounidense, convirtiéndose en una manifestación de su superación humana a escala comunitaria y nacional. La ostentan tanto los ricos como los pobres, los "viejos" yanquis y los "nuevos".

Cuando los norteamericanos viajan en otros países donde hallan condiciones de vida inferiores a las suyas, instintivamente sienten y muestran un sentido de superioridad. Esta actitud superior es a veces tildada de orgullo y hasta soberbia. Parece, sin embargo, tener más bien rasgos de una autoconfianza algo arrogante, ya que linda en el desprecio de otros sistemas sociales y políticos. Es uno de los «pecados» psicológicos de la idiosincrasia estadounidense. Los observadores extranjeros lo señalan como resultado de una actitud simplista del norteamericano medio, pero parece que resulta de la preferencia por su propio modo de vivir. De otro lado, el sentido de dignidad le empuja a este mismo yanqui a criticar los asuntos de su propio país, y también le proporciona una fortitud inmune a las severas y frecuentes críticas extranjeras. Como un individuo más o menos disciplinado y satisfecho de su «way of life», simplemente siente indignación por el sistema dictatorial, tan ajeno a su mentalidad. Por eso, el único instante cuando el yanqui se siente orgulloso es el de «ser» norteamericano, pero sin sentirse nacionalista en el sentido generalmente aceptado en otros países.

Digna de mención es la reacción que la sociedad de cada una de las Américas ostenta hacia los asuntos de su ambiente.

La actitud hispanoamericana hacia muchos asuntos ambientales está cargada de emocionalismo, que a menudo la desvía de un extremo a otro. Tal hecho acrecienta la sensibilidad sobre cualquier acontecimiento, aunque no necesariamente influya en el curso de su marcha. Como los asuntos políticos gozan siempre de un enorme interés popular, son ellos los que causan la mayor divergencia de opiniones. Se manifiestan en frecuentes controversias explosivas, que también abarcan los asuntos culturales y sociales. Los instigadores de tales controversias lucen, a menudo, gran inteligencia, entretejida

con fantasía y pericia polémica. La arena de sus actividades son la prensa y las letras. Los polemistas saben a veces captar la atención pública con las páginas más sabrosas para el lector, que se emociona con la controversia casi de la misma manera que ellos. Muchas polémicas son de carácter puramente teórico, otras directamente relacionadas con los problemas vitales.

El espíritu polémico es un rasgo idiosincrático hispanoamericano muy ostentoso. Aunque ayuda a descargar la acumulación emocional, no siempre halla soluciones visibles y mucho menos contribuye al apaciguamiento de las tensiones ambientales. La tradición polémico-política en Hispanoamérica es de vieja data. También lo es la tradición polémico-literaria, cuyo conocido ejemplo fue la famosa disputa sobre Romanticismo y Clasicismo, que llevaron a cabo Sarmiento y Bello en Chile a mediados del siglo XIX. Tal tipo de controversia académica halla todavía muchos seguidores apasionados, quienes cruzan sus plumas por mera satisfacción de su ambición. Lo hacen también los politizados militares, cruzando sus armas con los estadistas hispanoamericanos en frecuentes cuartelazos y revoluciones. También es curioso notar que la extrema sensibilidad que emana del emocionalismo no permite a muchos hispanoamericanos conceder derecho de crítica sobre sus asuntos a los extranjeros. Pretenden simplemente sentirse ofendidos por cualquier alusión negativa, pero a la vez creen tener derecho de criticar los asuntos de otras naciones, y lo hacen con aire de superioridad. Es una muestra de la dicotomía psicológica hispanoamericana poco comprensible, sobre todo, a los intelectuales europeos y estadounidenses, acostumbrados a «fair play», o sea, al juego limpio.

La actitud angloamericana hacia los asuntos nacionales e internacionales se manifiesta de una manera colectiva y a menudo espontánea. Más que polémicas conducidas por unos individuos, la reacción asume carácter público. Esto quiere decir que muchas personas y aun grupos que representan distintas ideologías, participan en una extensa discusión de los asuntos vitales para la comunidad o para la nación. Lo atestiguan los discursos parlamentarios y las demostraciones de determinados grupos, sea contra la guerra en Vietnam o en pro de la integración nacional más estrecha de algunos grupos minoritarios. También hay variedad de opiniones emitidas por la prensa, radio y televisión, que encontrándose en manos particulares, levantan su voz sin miedo. Es un privilegio del sistema democrático, que aunque tienen algunas imperfecciones, permite expresar desacuerdos individuales y colectivos. Sin estar exentas de cierta dosis emocional, estas prácticas llevan a frecuente reconciliación, sobre todo, en los asuntos industrial-laborales. En cambio, peor suerte corren las demostraciones políticas demasiado racionales, pero también éstas, como muestra de la indómita dinámica social, están tomadas en cuenta. Quizá el rasgo más significativo es la autocrítica de algunas prácticas sociales y econó-

micas, bastante desarrollada en el ambiente estadounidense. Tal actitud parece comprobar la flexibilidad mental yanqui, que a pesar de sus bases racionales, no está exenta de cálculos y prácticas erróneos. La reacción angloamericana frente a nuevas situaciones de vida es, muchas veces, más rápida que en otros ambientes.

La reacción mental hacia los asuntos vitales acusa, pues, una diferencia inconfundible entre Hispanoamérica y Angloamérica. Algo intermedio ocurre en Puerto Rico. Allí, la fusión de la arraigada tradición cultural hispánica con los nexos civilizadores estadounidenses, ha creado una postura que absorbe rasgos de ambos elementos. No es que los puertorriqueños sean menos «latinos» que sus hermanos hispanoamericanos. Pero, debido a las condiciones muy especiales en la isla, su *intelligentsia* ha asumido su propia perceptibilidad. La actitud que ostenta en las letras es, a veces, moderada y entretejida con rasgos racionalistas. Esto no excluye que en Puerto Rico haya polémicas que son expresión de sus inquietudes políticas y literarias. Son frecuentes y no les falta el temperamento tropical.

Otras facetas de la conducta que afirman la disparidad de patrones sociales en las dos Américas, son las siguientes:

Hispanoamérica sigue mostrando indulgencia hacia el ocio, y por eso, no se advierte todavía la consecución apresurada de tantas comodidades materiales que acompañan el modo de vivir angloamericano. Algunas costumbres hispanoamericanas, merced a su carácter gentil y apacible, contribuyen al espíritu apaciguador de la sociedad. Constituyen, así, una compensación de las inconveniencias económicas e inquietudes políticas, que a menudo llevan a las masas a una actitud de resignación. Se expresan en el desaliento colectivo e inercia pública, que en su conjunto producen apatía. Por eso, los cambios de los regímenes políticos, raras veces, conmueven al público hispano y mucho menos le impresionan sus promesas del «mejor porvenir». Es un extraño estado de indiferencia, contrapuesta a la reacción rebelde que siempre late en la subconciencia hispanoamericana, pero que pocas veces tiene la oportunidad de expresarse de una manera genuina. La gente, por eso, halla consuelo y relajación emocional en el intenso cultivo de las relaciones sociales. Esta propensión emana *per se* de la extraversion hispanoamericana, siendo la amistad un verdadero sostén de su vida. Son relaciones que se basan en la intimidad de la vida familiar y en la de determinados grupos de amigos.

Dentro de los lazos de la amistad hispana un papel significante lo ocupa el *compadrazgo*, que es una costumbre de prestarse ayuda mutua en circunstancias convenientes. Merced a sus frecuentes prácticas, el *compadrazgo* llegó a ser un ingrediente básico de la idiosincrasia hispanoamericana. Hay que decir que la amistad hispana es mucho más íntima y cordial que la que se cultiva en la sociedad anglosajona, donde se manifiesta a través de las rela-